

Santa Rosa

Máximo Soto Hall
Guatemalteco

La noche del 17 de marzo llegó a Liberia el dueño de la hacienda de Sapoá, anunciando que el territorio costarricense había sido invadido por los filibusteros, quienes se hallaban posesionados de su propiedad.

Al saberse tal noticia, el General don José Joaquín Mora dispuso ir al encuentro de los invasores y dio con tal fin las órdenes correspondientes. El General Cañas quedó en Liberia con el grueso del ejército, y en la madrugada del día 18 salió con rumbo al Sapoá el Coronel don Lorenzo Salazar, al mando de quinientos infantes; y cien lanceros liberianos a las órdenes del Mayor don Julián Arias y del Capitán don Juan Estrada.

El 19, a las cinco de la mañana, se puso en marcha con igual rumbo el mismo General Mora, el Teniente Coronel don José María Gutiérrez con cien de los más bravos y valientes, entre los trescientos de la columna con que saliera de la capital. Se llevaban también dos cañones pequeños de montaña.

A eso de las ocho y media de la mañana, dieron con Salazar y los suyos, acampanados en una encrucijada del camino. Mora se hallaba impaciente por enfrentarse con el enemigo y su afán era contrario a toda espera. Se dio orden de avanzar a fin de salirles al encuentro. Como hemos dicho el día aquel era el 19 de marzo, festividad del Santo Patriarca San José, patrono de la capital, y como casi toda la tropa estaba compuesta de josefinos, eso dio lugar a que estuviesen muy contentos. Antes de proseguir el camino, el capellán don Manuel Vasco, dirigióles una arenga patriótica y se les tomó juramento de luchar hasta morir antes que tolerar el avance de los de Walker.

Después de una fuerte jornada llegaron, a eso de la cuatro de la tarde, al Pelón, donde se tenía esperanza de encontrar a los filibusteros; más no fue así; el lugar estaba sumergido en su habitual quietud y sin novedad alguna. Temiéndose un asalto, se tomaron importantes disposiciones y se organizó la defensa para caso necesario. Varias comisiones salieron a explorar las cercanías, más ninguna de todas trajo noticias satisfactorias. Por conjeturas se suponía que los enemigos estarían en los llanos del Coyol, donde seguramente iba a tener lugar el encuentro. En tal concepto se dejó el Pelón a las cuatro de la mañana del día 20 y se continuó la marcha. Las dos piezas de artillería a pesar de ser pequeñas, constituían una dificultad, y en una pendiente, que fue forzoso subir, las molestias fueron grandes, con todo y los esfuerzos del Capitán don Mateo Marín, bajo cuyo mando se hallaba.

Ya picaba el caliente sol del departamento; eran más de las nueve de la mañana, cuando el centinela de la avanzada gritó: “¡el enemigo!”, al propio tiempo que disparó su arma. Entonces se vio un filibustero puesto de rodillas, con las manos tendidas en actitud suplicante, a la vez que recitaba en muy mal español, una serie de oraciones con que creía ablandar el corazón del ejército costarricense.

Por él se supo que venían por el camino de Sapoá y que él se había separado de ellos la tarde anterior.

Confiado el General de que no se encontraría muy pronto con los adversarios, ordenó la salida al llano, donde se formaron en línea de batalla, apoyando la retaguardia y flancos en el bosque de que acababan de salir. La caballería y artillería quedaban atrás, venciendo lo escarpado de la cuesta, que precedía a la planicie.

Por ninguna parte se veía al enemigo, ni los menores vestigios de él; era preciso avanzar en su busca. En efecto, así se hizo. En el último arroyo que corre antes de las secas llanuras de Santa Rosa, donde no se encuentra una gota de agua, se bebió y junto toda la que fue posible para llevar en los escasos utensilios que se tenían al efecto. Poco tiempo después se había agotado, y la sed, bajo un sol calcinante y abrasador, era un tormento horrible para los expedicionarios. La esperanza era la única capaz de sostenerlos con alegría y entusiasmo.

De los llanos del Coyol a Santa Rosa, hay una senda extraviada. El Teniente Coronel Gutiérrez tuvo la idea de examinarla y la suerte de encontrar las huellas de los filibusteros. Usaban éstos, en su mayoría botas con suelas guarnecidas de grandes clavos que dejaban en el suelo marcas inequívocas. Aquellas señales claro indicaban que los invasores no podían estar lejos. El Teniente don Macedonio Esquivel, acompañado de un guía, adelantóse a explorar la hacienda Santa Rosa, y volvió con la noticia de que en ésta se encontraban los filibusteros.

En efecto, en la casa de Santa Rosa se encontraban el Coronel Schlessinger con 250 y los Capitanes Torpe, Creighton, Prange y Legeay que compartían el mando con él.

Salvóse un camino acallejado y el ejército se halló en el llano que se extiende frente a las casas de Santa Rosa, que rodeadas por fuertes corrales de piedras, yérguense sobre una pequeña elevación, y como replegadas hacia una espesa montaña que tienen atrás. El plan de ataque, medio bosquejado en Liberia, donde se analizaron todas las posiciones que podía ocupar el enemigo, inclusive Santa Rosa, se modificó ligeramente en vista de las circunstancias. Al Coronel Salazar se le encargó el ataque de las casas- cuartel por el frente con doscientos treinta josefinos y cincuenta liberianos. Al Teniente Coronel Gutiérrez tocábale flanquear a los enemigos, aprovechando la montaña, por el lado izquierdo a fin de cortarles la retirada. La caballería oculta en un bajo, estaba lista para salir al frente de los asaltados cuando quisieran aprovecharse de la única salida que les

quedaba libre. Apenas emitidas las órdenes se llevaron a efecto. El llano hormigueó de gente. Los filibusteros que habían visto al Teniente Esquivel en su inspección estaban listos para la defensa. De todas partes como relámpagos, estallaron los fogonazos y resonó el estallido de las armas de fuego. La sed y el casancio se habían olvidado, solo se pensaba en la victoria; el ejército costarricense daba gritos de contento: tenía fe. A la segunda descarga perdieron la paciencia los de Salazar. Apenas se había empeñado el combate y ya les parecía que el triunfo se hacía esperar mucho. A todo correr cargaron a la bayoneta sobre los contrarios que parapetados detrás de los corrales hacían certeros disparos sobre los asaltantes Gutiérrez, a su vez avanzada por el ala izquierda y el Capitán don Manuel Quirós, en cumplimiento de órdenes, hacía por otra parte lo mismo, con las dos piezas de artillería.

¿Hubo un momento de horrible ansiedad! ¿Iban los valientes patriotas, campesinos y propietarios, ajenos de los rigores de la guerra, a estrellarse contra la disciplina y la organización militar? Todo podía ser. El Teniente Coronel Gutiérrez al ver avanzar a sus compañeros, bayoneta calada, sobre los corrales, sintió que le dominaba invencible ardor bélico y no contento con ir a cortar la retirada de los contrarios, quiso tomar parte directa en el asalto y subió a un montecito que se halla detrás de la casa. Esta audacia fue una nueva sorpresa para los filibusteros, que, en el colmo de su atolondramiento, aún dispararon sobre él. A la detonación siguió la caída de Gutiérrez; estaba mortalmente herido. Quirós, al lado de sus piezas también había dejado la vida. La gente de Salazar asaltada en aquel momento los corrales y el Coronel Schlessinger, con los suyos, se aprestaba a la huída. En su primer intento las hordas de Walker eran despedazadas en Costa Rica. El país sacudía el yugo a la sola iniciativa de ponérselo.

Pocos momentos después del rápido ataque que hemos descrito, solo se oía uno que otro disparo, hecho sobre los fugitivos, que corrían desbandados, presas de pánico indecible. En la casa de Santa Rosa quedaban muertos muchos de los audaces y temibles filibusteros.

Tomado de: Un vistazo sobre Costa Rica en el siglo XIX (Separata). Tipografía Nacional, 1901.